

EL CAMINO Y LA RECOMPENSA

ANA MARÍA DE LOS SANTOS

Emilio Martínez Muracciole



En poco más de una década, dice Ana María de los Santos, en su vida cambiaron muchas cosas. Sobre todo, según se desprende después de repasar su trayecto por diferentes programas que apuntan a las mejoras de las competencias básicas y laborales, cambiaron las expectativas y las oportunidades. Asegura que diez años atrás no se imaginaba que fuera posible tener un trabajo como el que hoy tiene, en Carmelo, su ciudad, con las responsabilidades que conlleva y con el compromiso que requiere. Las razones para no imaginárselo por aquel entonces eran varias. De arranque, explica, porque no tenía primaria completa. “Prácticamente no fui a la escuela. Hice sólo primero y segundo. Tercero no lo alcancé a hacer porque mis padres se habían separado y fue todo un tema. A los 9 años yo acompañaba a una señora y no podía ir a la escuela”, cuenta Ana María, sentada en uno de los sillones del living de la casa que levantó mano a mano junto a Nelson, su marido, en los ratos que les quedaban libres cuando ambos trabajaban en un tambo. Entre ordeñe y ordeñe se escapaban hasta Carmelo a levantar paredes. Lo más que podían, día a día, hasta que el sol se les iba por el horizonte. “La íbamos haciendo de a poquito, en la medida que fuimos agarrando peso por peso. Además de trabajar en el tambo, teníamos algunos animales ahí. Trabajábamos un poco y otro poco veníamos a hacer la casa”. Eran jornadas que arrancaban por la madrugada. Una vez terminado el primer ordeñe y las tareas inmediatas, a las ocho volvían a Carmelo para avanzar en la obra. El mediodía los encontraba otra vez en el tambo para el segundo ordeñe. Y de tarde la misma historia: una canchada de material para avanzar hilera por hilera, hasta que los paraba la noche.

Cuando se mudaron, recuerda, la casa todavía no estaba terminada. En ella criaron a sus cinco hijos.

Desde aquella niñez de escuela interrumpida pasó ya medio siglo. Después vino otra vida. Tenía dieciséis años cuando se encontró con la maternidad. Desde ese entonces su vida laboral remunerada ha sido fundamentalmente la de tareas domésticas en domicilios particulares, aunque —subraya— nunca le escapó a nada. Oportunidad que se le presentaba, la aprovechaba —enfatisa—. Hoy, tantos años después, por su trabajo pasa nada menos que la alimentación de los niños de la escuela 138 de Carmelo, siguiendo al pie de la letra lo indicado por la nutricionista de Primaria. “Uno puede tener miedo al comienzo, porque yo siempre cociné para mi casa pero no fui cocinera. Pero después de empezar a hacerlo ya es otra cosa”, narra, y explica que lo que puede encerrarse en ‘cocinar’ incluye no sólo la acción que describe el verbo, sino también el dejar registrado cada paso que se cumple y planificar qué se va a comer durante la próxima semana. Y además, en su rol, en su trabajo, Ana María representa a un colectivo: la cooperativa social Cosdeacar, la cual cuenta con el acompañamiento técnico de El Abrojo. Desde que ingresó a la cooperativa, el 7 de agosto de 2016, ha estado trabajando en escuelas. La primera fue la N°52, que está a veinte kilómetros de su casa. Los hizo en moto, ida y vuelta día tras día. Luego pasó a la N°5, a realizar tareas de auxiliar y de cocina, y posteriormente a la escuela rural N°88. Ahora está en la N°138, en Carmelo.

Su presente, explica, tiene mucho que ver con un proceso que viene protagonizando desde hace más de diez años. Comenzó cuando se inscribió para las tareas de Trabajo por Uruguay, un programa enmarcado en el Plan de Asistencia Nacional a la Emergencia Social (PANES) del Ministerio de Desarrollo Social (MIDES). Salió sorteada dentro del primer

grupo de participantes, coordinado por El Abrojo. “Fui una de las primeras en entrar. Había un grupo para el hospital y otro para la escuela”, recuerda, y detalla una por una las tareas que hizo junto a sus compañeros en cada una de las escuelas en las que fueron desembarcando. Pintar paredones, pasarle antióxido a cerchas, reacondicionar salones, arreglar bancos, etcétera. Se acuerda qué hizo en cada lugar pese a que pasó una década, así como se le refresca el desafío en el que se convertía para quien, por ejemplo, más allá de haber compartido buena parte de su vida con alguien que trabajaba como pintor, como es el caso de Nelson, no necesariamente tenía que saber cómo se preparaba una pintura. Pero eran más que tareas, añade. “Allí no sólo trabajábamos. También teníamos talleres y charlas. Venían abogados y nos hablaban sobre derecho laboral, también talleres sobre violencia doméstica y muchas cosas más. Los abogados nos decían cómo nos teníamos que desenvolver en el trabajo, qué nos correspondía y todo eso, y después otros venían y hablaban sobre la violencia de una manera en la que yo nunca había sentido hablar en realidad, porque uno sabe sí de las peleas y eso, pero no se da cuenta de que existen distintas formas (de violencia). Uno empieza a ver todo desde otro lugar”, comenta acerca de su paso por un programa que, efectivamente, tenía entre sus metas el que los participantes se sintieran reconocidos como sujetos de derechos, así como conseguir avances en ciudadanía, en la capacidad de identificar como problemas que tal vez pueden haber naturalizado; que mejorara en acceso a servicios de salud, que confiaran más en ellos mismos, que mejoren su capacidad de socialización, y ante todo que mejore su autoestima, y para ello los factores de peso son incontables: la salud bucal, por ejemplo.

Fue por entonces que tuvo la oportunidad de terminar primaria. “Y no la desaproveché”, remarca. “íbamos a la es-

cuela 11, de noche. Era algo que me había quedado pendiente”, explicando que no es que ya no se planteara la posibilidad de alguna vez terminarla, “sólo que no se había presentado la oportunidad. Siempre he sido de querer más, de querer progresar, pero no había tenido la oportunidad. La aproveché. Creo que no me perdí de ninguna oportunidad que se me haya presentado, en todo”. Y fue sacrificado. En el día se sumaban las tareas diarias del programa, las de su hogar, las de un trabajo particular y después, en la noche, tenía que ir a clase. Fue un mojón más que importante en este trayecto, que años más tarde la llevó a anotarse para participar del programa Carreteras Solidarias (MIDES-MTOP). Fue tiempo de levantar residuos de la vera de las rutas, cortar el césped y desmalezar en algunos lugares donde las señales de tránsito quedaban escondidas detrás de enormes chilcas y arbustos. Y una vez por semana, además, talleres con una docente. Fue seguir avanzando, enfatiza. Y en ese crecimiento destaca también al intercambio con sus compañeros, tanto durante los talleres de los programas de empleo promovido como en su experiencia laboral en la construcción, cuando trabajó en las obras del tendido subterráneo de la fibra óptica. Allí se encontró, en más de una oportunidad, participando de asambleas. “Ahí cada uno va diciendo sus ideas, lo que piensa. De eso también aprendí mucho”, comenta, y sostiene que recorrer todo ese trayecto la fue dotando de herramientas para enfrentar diferentes circunstancias; entre ellas los conflictos, algo inevitable en grupos humanos numerosos.

Hoy, en Cosdeacar, también hay instancias que van más allá de la tarea en la rutina. El equipo técnico lleva adelante instancias de capacitación y asistencia técnica enmarcadas en la ley de cooperativas sociales, desde cooperativismo a administración y gestión, así como a aspectos relacionados a la orgánica institucional de la cooperativa, según explica la licen-

ciada Johana Geymonat, asistente técnico social que integra el equipo de El Abrojo en el departamento de Colonia. Remarcó la importancia del papel que cumplen los talleres para enriquecer a los socios tanto en derechos, deberes, como en lo que atañe a gestión de la cooperativa en lo social y económico.

El programa de cooperativas sociales prevé que un equipo técnico cumpla con un seguimiento de las cooperativas, que en este caso rubrican acuerdos de tareas con organismos estatales. Cosdeacar brinda servicios a ASSE y Primaria. El equipo técnico está constantemente en contacto con los miembros de la cooperativa, ya que su presencia es necesaria en las circunstancias más diversas. Entre sus diferentes miembros, el equipo de El Abrojo está integrado, por ejemplo, por un abogado, y éste es necesario cuando los socios de la cooperativa deben tomar decisiones sobre las cuales surgen dudas o directamente puede haber un desconocimiento normativo. Geymonat enfatiza que es un servicio que se le brinda gratuitamente a través de partidas estatales por ser una cooperativa social, razón por la cual también se le exime de muchos impuestos. Por eso “es importante que la cooperativa siempre piense cómo puede servirle a la sociedad, cómo puede devolverle algo”.

“El trabajo del equipo necesita de cercanía con las personas, de estar en contacto. Es un trabajo bien de campo. Es fundamental también para brindar contención al grupo” ante problemas que se puedan presentar, ya sean externos como internos. De hecho Cosdeacar ha tenido que atravesar sus propias tormentas, pasando meses complejos, pero en definitiva —afirma Geymonat— el enfrentar conflictos y otras dificultades ha derivado en un fortalecimiento de la cooperativa como tal. Los conflictos, explica, implican estar en una continua intervención, coordinada tanto con el MIDES como con la institución a la que la cooperativa brinda servicios.

En ese contexto, Geymonat resaltó la importancia de

que un miembro de una cooperativa social tenga un recorrido como el de Ana María. “Da otras herramientas para interiorizarse y conocer más sobre la operativa del dispositivo”. Trayectos así, enfatizó, aseguran un proceso; que no sea sólo el querer cobrar un sueldo por un trabajo y desentenderse de cualquier otro plano. Una cooperativa tiene una vida orgánica, temas a tratar, decisiones que tomar y compromisos que asumir. El caso puntual de Ana María, explicó, “es una persona que se involucra, participa y siempre está atenta y receptiva a aprender. Siempre está interesada”.